Bartolomé Benassar

LA ESPAÑA DEL SIGLO DE ORO

CRÍTICA

TIEMPO DE HISTORIA

Bartolomé Bennassar

La España del siglo de oro

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: 1983
Primera edición en esta nueva presentación: enero de 2017

La España del Siglo de Oro
Bartolomé Bennassar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Un siècle d'or espagnol (vers 1525 - vers 1648)*

© Éditions Robert Laffont, S.A., París, 1982

© de la traducción, Pablo Bordonava, 1983

© Editorial Planeta S.A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-45-5
Depósito legal: B. 24.807-2016

2017. Impreso y encuadernado en España por Book Print

ÍNDICE

Introducción. — *¿Qué es el Siglo de Oro español?* . . . 7

Capítulo 1. — *Proscenio: los personajes del espectáculo* . 17
Desfiles regios 17
El oficio de reina 22
Retratos regios 24
El tiempo de los privados... 31
... y el de los bufones 35

Capítulo 2. — *Los hombres del rey* 38
La concepción de la monarquía y de la sociedad . . . 38
La promoción de los «letrados» 41
El papel de la nobleza y el reparto del poder . . . 48
Emergencia de una «clase política» 53
Anexos:
1. El gobierno de las Españas. Esquema de funcionamiento 58
2. Localización de los virreinatos y de las audiencias 61
3. Localización de los corregidores del Reino de Castilla en 1597 62

Capítulo 3. — *Cuando la guerra está lejos, España territorio de paz* 63
El precio de la seguridad: los hombres 64
El precio de la seguridad: el esfuerzo material y financiero 67

Los límites de la paz: guerras interiores y peligros en el mar 70
Los límites de la seguridad: violencia aristocrática, bandolerismo, inseguridad urbana 73

Capítulo 4. — *Las cuentas de la vida y de la muerte. De la aritmética de las cifras a la de las opiniones* 78
El crecimiento: límites, variaciones, modalidades . . 81
El retorno de las grandes epidemias y el reflujo demográfico 88
Lamento de un reino despoblado 92
Un país de trabajadores inmigrados 97

Capítulo 5. — *El oro y la plata* 103
El metal americano en España y lo que de ello quedó . 103
De la moneda fuerte al vellón: seguridades, facilidades, tentaciones, perversiones 108
Una mentalidad suntuaria 117

Capítulo 6. — *Los alimentos terrestres* 125
Producciones y rendimientos 128
Consumos y raciones 134
La organización del abastecimiento 137
Para los privilegiados de este tiempo: la gastronomía del Siglo de Oro 141

Capítulo 7. — *Encuentros con Dios* 145
El tiempo de los santos 145
La ciencia de Dios 159
La pedagogía de Dios 163

Capítulo 8. — *Las jerarquías sociales o la acumulación de las desigualdades* 172
Un florilegio de desigualdades 172
Pluralidad de las sociedades hispánicas 176
Las jerarquías sociales castellanas 184

La Iglesia, poder social 194
Anexos:
1. Principales títulos de Castilla y rentas correspondientes hacia 1600 197
2. Arzobispados y obispados españoles en el siglo XVI 201

Capítulo 9. — *La parte de los pobres... y la de los pícaros* 203
El gran debate sobre la pobreza 203
La agravación del pauperismo y el plan de Cristóbal de Herrera 211
La asistencia o la parte de los pobres 217
Las exacciones de los pícaros 221

Capítulo 10. — *La explosión artística* 227
Una inversión creadora de actividades múltiples . . 230
Los grandes centros artísticos de la España del Siglo de Oro 238
Formas, imágenes y modelos 244
La vida de los artistas en el Siglo de Oro 250
La formación de las colecciones 257
Anexo: Índice de los principales artistas españoles del Siglo de Oro 262

Capítulo 11. — *De la cultura oral a la literatura: las magnificencias del lenguaje* 271
Cultura oral, cultura de masas 271
Agentes de relación cultural: los autos religiosos y la comedia 274
El impulso de la cultura escrita y la alfabetización . . 283
Libros y bibliotecas 287
Nacimiento y afirmación de una gran literatura . . . 295
Ser escritor en el Siglo de Oro 300

Capítulo 12. — *Vivir en el Siglo de Oro* 304
Hornachos: un desafío prolongado 305

Al margen del Siglo de Oro: las masías catalanas . . 308
¿Al margen del Siglo de Oro? Campesinos de Galicia . 311
Centinelas del Siglo de Oro y... marginados: los soldados de los tercios 314
Una ciudad media del Siglo de Oro: Andújar . . . 319
En el corazón del Siglo de Oro: Valladolid y Sevilla . 322
En el corazón del Siglo de Oro: de El Escorial al Buen Retiro 327

Conclusión. — *El fin de un sueño español* 330

Resumen cronológico 336
Bibliografía 343

Capítulo 1

PROSCENIO: LOS PERSONAJES DEL ESPECTÁCULO

Desfiles regios

Enero de 1560 en Guadalajara, Castilla la Nueva. La pequeña ciudad pule sus piedras y el pavimento de sus calles nunca estuvo más limpio, jamás más reluciente. Comenzado a finales del siglo XV aunque apenas acabado, el maravilloso palacio de los duques del Infantado, en el que los últimos resplandores del gótico han iluminado las formas danzarinas de los artistas mudéjares en un milagro de armonía, va a conocer su bautismo de nobleza. Felipe II, viudo por segunda vez, ha escogido este prestigioso palacio para celebrar su matrimonio —el tercero— con Isabel de Valois, la hija de Enrique II y de Catalina de Médicis. El duque del Infantado, uno de los primeros del reino, radiante con este honor, acude a recibir a la princesa de Roncesvalles, en compañía del cardenal de Burgos, don Francisco de Mendoza. Nada resultaba demasiado bello para una misión de semejante índole: el duque acompañado de señores de un rango inferior, cabalgando sobre unos caballos ricamente enjaezados, lleva consigo cincuenta pajes vestidos de raso y de brocado, y veinte guardias de escolta equipados fastuosamente. Acompañada por el cardenal de Bourbon y el duque de Vendôme, Isabel llega el 4 de enero a Roncesvalles. Tiene quince años, es morena y muy bella.

Lenta travesía de Navarra y de Castilla la Vieja, helada bajo

los brillantes cielos del invierno. En Guadalajara, Felipe II aguarda a la hija del rey de Francia, para la que el destino vaciló de manera extraña: prometida en primer lugar a Eduardo VI de Inglaterra, más tarde, después de la muerte del joven rey, reservada o casi para don Carlos, el hijo de Felipe II, es finalmente ofrecida al mismo rey de España, quien había perdido dos años antes a su segunda esposa María Tudor y había sufrido el rechazo de Isabel de Inglaterra, como si el acceso de la joven princesa a la corona de España hubiera de estar rodeado de circunstancias relacionadas con Inglaterra.

En las puertas de la ciudad los miembros del concejo municipal de Guadalajara y otros nobles acuden a recibir a la reina. Ésta, cubierta con una capa de armiño y un sombrero en consonancia, adornado con hileras de perlas que realzan su belleza morena, cabalga sobre una yegua blanca, escoltada por el cardenal y el duque. La alta jerarquía de la Iglesia y la grandeza de España para acompañar a la reina junto al rey representan un evidente simbolismo. La princesa Juana recibe a Isabel de Valois en el admirable patio mudéjar de arcos polilobulados convertido actualmente en museo de Bellas Artes. Hay un solemne *Te Deum* y al día siguiente, 31 de enero, el cardenal de Burgos celebra en una de las grandes estancias del palacio la misa de matrimonio teniendo por testigos a la princesa Juana y al duque del Infantado: la reina lleva un vestido confeccionado con tejido de oro y amplias mangas, que produce un sorprendente efecto. Al atardecer, ante el palacio, una corrida de toros y un torneo de lanzas divierten a la nobleza mientras que, en honor de sus reyes, el duque cubre de fiestas la ciudad: alegres fuegos de artificio brillan encima de los tejados, las orquestas populares recorren las calles e invitan al pueblo a bailar en las plazas públicas, se ofrecen suntuosos banquetes a todos los presentes, fuentes de vino manan durante toda la noche...

Desde Guadalajara el cortejo nupcial llega a Toledo, donde la ciudad, que se encuentra en el apogeo de su esplendor, ha preparado una recepción antológica. 3.000 veteranos de los tercios españoles y una caballería mora se enfrentan en un combate simulado. El cortejo desfila en Toledo bajo los arcos de triunfo uni-

dos unos a otros por guirnaldas de flores, coronadas con elogiosas expresiones a la gloria del rey, a la belleza de la reina. Los dioses del Olimpo también están presentes: Júpiter y Juno, Marte y Venus, Apolo y Diana. Mientras dura la estancia toledana, en honor de los soberanos alojados en el Alcázar, tienen lugar toda clase de fiestas: corridas de toros, torneos a pie y a caballo, y los lugareños de los alrededores acuden para ejecutar las graciosas danzas de La Sagra. Después, el cortejo regio se dirige en pequeñas etapas a Valladolid donde la fiesta comienza de nuevo y se sublima. Hasta que finalmente, tras cuatro meses y medio de correrías y de festejos, de una ciudad a otra, de una vieja capital a otra, después de haber girado lentamente en torno a Madrid, la nueva capital, el rey y la reina hacen su entrada en Madrid. Y Brantôme cuenta, refiriéndose a Isabel:

> La vi entrar en el coche, siempre junto a la puerta, ya que ese era su lugar ordinario, porque semejante belleza no debía permanecer recluida dentro, sino descubierta ... No fui yo sólo quien la encontró tan bella, sino toda la Corte y el pueblo de Madrid.

¿Cuántas veces antes, en cuántas ocasiones después, se desarrolló este desfile regio durante el Siglo de Oro, a través de Castilla y de Aragón? Para cuatro reyes, Carlos V y los tres Felipes, se necesitaron ocho esposas, cuatro de las cuales para Felipe II, mientras que Carlos V y Felipe III no se casaron más que una sola vez. Pero el matrimonio del futuro Felipe II con María Tudor se celebró en Inglaterra y la soberana no vino nunca a España: de manera que entre 1525 y 1649, fecha del segundo matrimonio de Felipe IV, el espectáculo que acabamos de describir se renovó siete veces, con escasos matices de diferencia: únicamente cambiaban los acompañantes y los testigos, los grandes de la escolta y los teatros de las bodas, los paisajes descubiertos y los lugares atravesados. De esta manera los reyes y las reinas de España se mostraban con sus más hermosos atavíos ante algunos de sus más humildes súbditos, para la memoria de las generaciones.

Cuatro reyes y siete esposas, porque hemos de dejar a María Tudor en sus brumas inglesas. Al fin, en 1525, Carlos V contrae

matrimonio. Se casa con su prima Isabel de Portugal, a la que acompañan hasta la frontera sus dos hermanos y la nobleza portuguesa; allí la aguardan, el 7 de enero, el arzobispo de Toledo, los duques de Calabria (Fernando de Aragón), de Béjar, de Medina Sidonia, los condes de Monterrey, de Aguilar, y de Benalcázar. Ceremonia solemne en la línea fronteriza, la futura emperatriz cabalgando como es costumbre sobre la yegua blanca convencional y las noblezas de Portugal y de España formando un círculo alrededor de ella, cada una en su propio territorio nacional. Después de lo cual, la regia cabalgata se dirige en pequeñas jornadas a Badajoz, después hacia Sevilla donde la futura emperatriz entra el 3 de marzo y es objeto de una recepción fastuosa. Carlos llega una semana después, el matrimonio se celebra con la solemnidad que podemos imaginar y los jóvenes esposos prolongan su luna de miel andaluza: luego de Sevilla, Granada, donde Carlos, sobrecogido por la belleza de la ciudad, ordena le construyan un palacio, que no llegará a conocer porque no tendrá oportunidad de volver a Granada. Sin embargo, la pareja imperial no se instala en Valladolid hasta noviembre. En esta ocasión, el desfile ha durado siete meses.

Cuando a su vez el príncipe Felipe desposa, en primeras nupcias, a una princesa portuguesa, María Manuela, su primera hermana, como él de quince años de edad, la joven doncella llega también esta vez por Badajoz, pero su escolta española la conduce hacia el norte hasta Coria, luego a Salamanca, donde se celebra el matrimonio. Felipe y algunos grandes señores, vestidos con atuendo de caza, acuden a sorprender a la princesa a algunas leguas de Salamanca: esta curiosidad clandestina de futuro marido creará escuela. Ya desde el 19 de noviembre de 1543, un mes después de la entrada de la princesa, una semana después del matrimonio, los jóvenes esposos se instalan en Valladolid. Fue, al parecer, un desfile reducido. Pero la respuesta es sencilla: Felipe no es más que el príncipe heredero y la joven María, que murió el 13 de julio de 1545, no llegó a ser reina...

Ana de Austria, cuarta y última esposa de Felipe II, de quien también era sobrina, recorrió en 1570 Castilla la Vieja desde Santander, donde había desembarcado, hasta Segovia, donde se ce-

lebraron las bodas y los inevitables festejos. La nueva reina, tan rubia y sonrosada como Isabel de Valois era morena, atravesó un reino todavía próspero, en el que se le dedicaron suntuosos festejos. Felipe II había enviado una embajada de 2.000 personas para recibirla en Santander, entre las cuales 150 músicos. Una docena de bufones lujosamente vestidos servían las comidas al tiempo que cantaban poemas rimados, acompañados por castrados con voces de sopranos. Burgos y Valladolid, etapas en el camino de Segovia, organizaron recepciones grandiosas. Pero en esta ocasión Felipe, acaparado por los asuntos de importancia política (la guerra de Granada y la preparación de la Liga Santa) no disponía de tiempo para viajar largamente con la reina: solamente vino a encontrarse con ella en Segovia.

En cambio, cuando Felipe III contrajo matrimonio con la archiduquesa Margarita de Austria, algunos meses después de su acceso al trono, el duque de Lerma, que ya había sido promovido al rango de favorito, organizó un recorrido de gran espectáculo: el matrimonio se celebró el 13 de noviembre de 1598 en Ferrara, por poderes. La reina se embarcó seguidamente en Génova y desembarcó el 18 de abril de 1599 en Valencia donde Felipe III la esperaba desde hacía dos meses (es cierto que el palacio del favorito se encontraba muy cercano, en Denia...). Tras la ceremonia de ratificación del matrimonio en Valencia, donde pasaron algunos días, los jóvenes esposos se dirigieron lentamente hacia Barcelona, visitaron el célebre monasterio de Montserrat, más tarde llegaron a Zaragoza y, finalmente, a Madrid, donde entraron el 24 de octubre de 1599: solamente cinco meses y medio de viaje desde su salida de Valencia.

Isabel de Borbón no era más que una niña de doce años cuando la casaron en 1615 con el príncipe heredero, el futuro Felipe IV, que no tenía más que diez. La recepción de la princesa presidida por Felipe III en persona se realizó según las normas en Burgos, pero no se trataba sino de esperanzas y el matrimonio no fue consumado hasta cinco años después. De manera que las fiestas se redujeron a las celebraciones convencionales. Pero, cuando en 1649, Felipe IV, viudo desde 1644, desposó a su propia sobrina Mariana de Austria, en un reino medio arruinado, asolado por una

peste atroz que le dejará exangüe, y cuyos ejércitos coleccionan derrotas al igual que antaño las victorias, encontramos que el circo real ofrece la última gran representación del Siglo de Oro. Salida de Viena, Mariana atraviesa Italia, navega, desembarca en Denia. El almirante de Castilla acude a presentarle sus respetos y a ofrecerle una joya, obsequio del Rey. La principesca procesión camina a lo largo de las orillas del Mediterráneo hasta Navalcarnero, localidad elegida para la celebración del matrimonio, recibe por el camino a los grandes señores, uno tras otro, un regalo de calidad tras otro. El 3 de octubre en Navalcarnero, donde Felipe, disfrazado, esperaba a su prometida austríaca, la fiesta estalla: música, luces, fuegos de artificio, comedias y corridas de toros. El día 4, el cardenal arzobispo de Toledo celebra el matrimonio. Y, al igual que en el pasado, el cortejo nupcial transcurre en torno a Madrid. Pasan la noche de bodas en el Escorial, severo decorado para la joven esposa, pero las praderas y los bosques vecinos son ricos en caza mayor y durante tres semanas la corte se dedica a cazar hasta el agotamiento: primero en el Escorial, luego en el Pardo, seguidamente en el Buen Retiro adonde la regia pareja llega el 2 de noviembre después de haber pasado bajo innumerables arcos de triunfo en los que los dioses del Panteón clásico han reemplazado a los patronazgos cristianos. El vino todavía mana en las fuentes públicas. El Buen Retiro celebra doce días de festejos: bailes de máscaras, comedias y corridas de toros, hasta que finalmente, el 15 de noviembre, los soberanos se retiran al Alcázar.

El oficio de reina

El oficio de reina consistía en tener muchos hijos: era preciso que una reina de España trajera al mundo a numerosos príncipes y a una gran cantidad de infantas para asegurar la sucesión y para ofrecer abundantes posibilidades a la estrategia matrimonial del monarca y de sus consejeros. De esta manera, de la sucesión de matrimonios procedía la acelerada sucesión de nacimientos, ciclo interminable de intensos regocijos y de funerales desolados porque la mayoría de estas criaturas principescas moría a temprana

edad: la excesiva juventud y la inmadurez biológica de las madres, el carácter frecuentemente incestuoso de estos amores reales, la insuficiencia de los médicos y de las atenciones acumulaban las defunciones prematuras. Si no me equivoco, desde 1527, fecha del nacimiento del futuro Felipe II, hasta 1661, año en el que nace el futuro Carlos II, y sin tener en cuenta los embarazos interrumpidos, las reinas o futuras reinas de España tuvieron treinta y cuatro infantas o infantes, uno cada cuatro años por término medio. Ahora bien, diecisiete de ellos, exactamente la mitad, no alcanzaron su décimo año de vida. Así ocurrió en el caso de cuatro de los cinco hijos de Ana de Austria, cuarta y última esposa de Felipe II; con cinco de los siete hijos de Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV. El sexto, Baltasar Carlos, esperanza de la monarquía, príncipe encantador inmortalizado por los pinceles de Velázquez, murió antes de alcanzar su decimoséptimo aniversario y únicamente la última hija, María Teresa, vivió lo suficiente para casarse con Luis XIV y llegar a ser reina de Francia. Muchos infantes e infantas, como Juan y Fernando, hijos de la emperatriz Isabel, o las dos Margarita María, hijas de Isabel de Borbón, no vivieron sino algunas horas o algunos meses. Por añadidura, las reinas arriesgaban su vida con ocasión de estos nacimientos repetidos: Isabel de Portugal murió al dar a luz a un hijo nacido muerto. Isabel de Valois se encontraba embarazada cuando falleció a los veintitrés años, a consecuencia de un error de los médicos. De esta manera, escribe Brantôme, «la reina Isabel ha muerto en la más bella y floreciente primavera de su vida». El octavo hijo de Margarita de Austria, Alfonso, le costó la vida.

Los que sobrevivieron llegaron con frecuencia a ser coronados: los tres Felipes, evidentemente; también el desgraciado Carlos II que arrastró una triste existencia de enfermo aterrorizado. Juana, hermana muy querida por Felipe II, se convirtió en reina de Portugal. Isabel Clara Eugenia, primera hija de Felipe II y de Isabel de Valois, tuvo una imagen digna como gobernadora de los Países Bajos. Dos de las hijas de Felipe III y de Margarita de Austria llegaron a reinar: Ana de Austria, esposa de Luis XIII y reina de Francia; María, reina de Hungría; igualmente dos de las hijas de Felipe IV: María Teresa, reina de Francia, y Margarita

María (nacida de la unión de Felipe con Mariana) que gracias a su matrimonio con Leopoldo llegó a ser emperatriz.

Además de los reyes, las figuras más notorias, para bien o para mal, fueron en primer lugar, el inquietante y lamentable don Carlos, hijo de Felipe II y de María Manuela de Portugal, muerto a los veintitrés años en circunstancias extrañas; después, don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V y de una voluptuosa alemana, Bárbara de Blamberg, el más ilustre «bastardo» del siglo porque alrededor de la cuna de este hijo se habían agrupado las hadas. Antonio Tiepolo lo presenta con estas palabras: «A sus veintitrés años es amado por todos, es hermoso y podemos afirmar con razón que goza de una inmensa consideración, puesto que cuando se dispuso a acudir en socorro de Malta la mayor parte de la nobleza quiso acompañarlo». La victoria de Lepanto hizo ascender hasta la cúspide el prestigio de este príncipe inteligente, valiente y simpático. Podemos cerrar la lista con Baltasar Carlos, milagro evanescente de encanto y de inteligencia, y con el cardenal infante Fernando, hijo de Felipe III, hábil para la guerra y político perspicaz, desaparecido demasiado pronto a sus treinta y dos años, en 1641.

Retratos regios

Estos príncipes y estas princesas pueblan las telas de la pintura de la corte en el Siglo de Oro, ornato actual de los museos, de los palacios y de las colecciones particulares. Representan las figuras destacadas del espectáculo que la monarquía española propone a Europa y a sus pueblos. Aunque la opinión popular, reducida a la corte y a la villa, tuvo sus reinas preferidas, como Isabel de Portugal, Margarita de Austria y las dos Elisabeth francesas, convertidas en Isabel de España, porque se ganaron los corazones por su personalidad, su bondad y su belleza, Europa se preocupaba poco por las reinas. Los embajadores venecianos, jueces lúcidos y sin concesiones, nos ayudan, entre otros, a conocer mejor a los monarcas, a prolongar la inquisitiva mirada de los pintores.

En lo que se refiere a Carlos V, disponemos, ciertamente, de los admirables retratos de Tiziano: del emperador de Bolonia, todavía joven (tenía treinta años en 1530), de una prestancia indudable a pesar de su interminable mandíbula inferior, fuerte con la seguridad que dan las victorias, al combatiente envejecido de Mühlberg en 1547, con el rostro crispado y la mirada llena de ansiedad, hasta el emperador agotado del retrato de Innsbrück, hay el largo camino de las guerras recomenzadas, de los tratados de paz frágiles, de una Alemania desunida, de un concilio incierto... Hacia el final de su carrera, en vísperas de su abdicación, el embajador veneciano Badoaro hace de él el siguiente esbozo:

> Es de estatura media y de aspecto grave. Su frente es amplia; los ojos azules, con una expresión de energía; la nariz aguileña y un poco torcida, la mandíbula inferior larga y ancha lo que le impide juntar los dientes y hace que se entienda con dificultad el final de sus frases; le quedan pocos dientes delanteros y están llenos de caries. Su tez es hermosa; su barba corta, espesa y blanca. Es de proporciones correctas. Sufre continuamente de hemorroides y con frecuencia de gota, que llega a paralizar totalmente sus manos.
>
> El Emperador siempre ha cometido excesos en la mesa... Dondequiera que haya estado, se le ha visto dedicarse a los placeres del amor de una manera inmoderada con mujeres de todas las condiciones. Según el testimonio de personas próximas a su Corte, jamás ha sido generoso ...

Este retrato de un hombre cercano a la muerte no representa más que un momento de Carlos V, al igual que los retratos de Tiziano. Carlos V fue un personaje poco común. Nacido en Gante, flamenco que no conocía nada de España, llegó a apreciar este país y quiso morir en él, en el monasterio jardín de Yuste, después de su abdicación. Viajero infatigable, se le vio en todas las partes europeas de su imperio, en Gante y en Bruselas, en La Coruña, Valencia, Sevilla o Granada, en Worms, Ratisbona o Augsburgo, en Milán y en Cerdeña, en Génova o en Bolonia. Se reunió con Enrique VIII en Londres y con Francisco I en Aigües Mortes. Emperador caballero, lo vemos combatir en Túnez,

en Mühlberg y en Lorena; tenía cuarenta y siete años en Mühlberg y cincuenta y uno cuando acudió a poner sitio a Metz. Era de un apetito insaciable, ya desde el desayuno se tomaba una escudilla de caldo de gallina enriquecido con leche, azúcar y especias; la comida del mediodía constaba de un gran número de platos y hacía una colación hacia el final de la tarde, una última comida a medianoche. Si bien es cierto que tuvo numerosos amores es de justicia decir que fue antes de su matrimonio (en 1525) y después de su viudedad acaecida en 1539, porque sus catorce años de vida conyugal con la emperatriz Isabel constituyeron un período de un amor apasionado. Capaz de una dureza próxima a la crueldad, como lo demuestran la represión de las Comunidades y la de la revuelta de Gante por ejemplo, Carlos prosiguió hasta el final el sueño de una cristiandad reconciliada bajo el patronazgo imperial. Influido por el pensamiento de Erasmo, buscó sinceramente el acuerdo con los protestantes alemanes, y el papado permaneció durante largo tiempo sordo ante sus requerimientos de convocar un concilio. Pero es indudable que esta política, a la vez idealista y ambiciosa, a escala de la cristiandad occidental, no tuvo en cuenta los intereses y las aspiraciones de los reinos españoles.

En la misma relación enviada al senado veneciano en 1557, en la que anunciaba la salida del envejecido emperador, a punto de sancionar su fracaso por medio de su abdicación, Federico Badoaro presentaba el nuevo rey, Felipe II, con cierta complacencia:

> Es de estatura pequeña y sus miembros son finos. Tiene la frente despejada y hermosa, grandes ojos azules, las cejas espesas, la nariz bien proporcionada, la boca grande y un labio inferior grueso que le causa alguna molestia. Lleva la barba corta y en punta. Es de piel blanca y de cabello rubio, lo que le hace parecerse a un flamenco. En cambio su aspecto es altivo porque su comportamiento es español... Por lo que puede apreciarse es religioso. Todos los días oye misa y asiste a los sermones y a las vísperas con ocasión de cada fiesta solemne. Ordena distribuir limosnas regularmente ...
>
> Tiene una buena cabeza, es capaz de tratar importantes asuntos; pero carece de la actividad que exigirían las medidas que

> se han de tomar para la reforma de tantas ciudades y reinos; no obstante, trabaja mucho y en ocasiones demasiado, si tenemos en cuenta la debilidad de su temperamento...

Badoaro advertía también que este príncipe de apariencia impasible cedía a veces a una hilaridad sin límites en el secreto de sus apartamentos. Lo consideraba generoso, muy atraído por las mujeres; capaz de prudencia política. Hablaba bien el latín, comprendía el italiano y un poco el francés, tenía aprecio por las bellas artes, y le gustaban la historia y la geografía. En conclusión, puede decirse que fue «un príncipe dotado con numerosas cualidades dignas de elogio».

El esbozo de Badoaro describía perfectamente a Felipe en su apariencia física. Los cuadros de Pantoja de la Cruz y de otros pintores menores nos muestran claramente al mismo monarca rubio y blanco, con los ojos azules, tan poco conforme con la representación clásica del español. El grueso labio inferior que otro embajador veneciano, Antonio Tiepolo, observa en 1567, precisando que es característica de los príncipes de la casa de Austria, se ha convertido ya en el belfo de los Austrias que estará mucho más acentuado todavía en Felipe III y Felipe IV. Pero el hijo de Carlos V era perfectamente consciente de ese detalle de su anatomía, puesto que en una carta a sus hijas hace bromas con ello subrayando que su hermana Juana presenta el mismo rasgo. Por lo demás, Badoaro realiza unas observaciones interesantes: es cierto, por ejemplo, que Felipe II era muy diferente en la intimidad del personaje oficial que representaba en público. Las cartas a sus hijas, descubiertas por Gachard en Turín, y escritas desde Lisboa en los años 1581-1583, revelan a un padre preocupado y afectuoso que pide noticias sin cesar y se regocija cuando las cartas de sus hijas son largas, se inquieta por la salud de todos, se interesa en los progresos de la dentición de la más joven (al tiempo que ironiza sobre la pérdida de sus propios dientes), manifiesta su preocupación con palabras veladas por el retraso en la pubertad de la mayor, cuenta noticias de los bufones reales, refiere sus partidas de pesca o de la caza del zorro y evoca la nostalgia de la campiña: «Y lo que más echo en falta es el canto

de los ruiseñores y hace mucho tiempo que no he podido escucharlo porque esta casa está alejada del campo».

La inclinación de Felipe por las mujeres está testimoniada por otras plumas y se le conocieron diversos amores. Parece que vivió años felices con Isabel de Valois muerta muy joven. El embajador francés Fourquevaux no olvida señalarlo a Catalina de Médicis e indica que Felipe II acoge con satisfacción el nacimiento de sus hijas, tanto como si se tratase de hijos. Isabel por otra parte comenta al embajador que le es indiferente tener un niño o una niña y añade: «No me inquieto por ello, porque el rey mi marido me asegura que está más contento que si fuera un varón». Felipe, en cualquiera de los casos, se entregó con delectación a los placeres de la carne y no se convirtió en el «Rey monje» sino mucho más tarde.

Sin embargo, la imagen de este monarca es múltiple: ¿cuáles fueron realmente sus relaciones con su hijo don Carlos y qué sucedió exactamente en la muerte de este príncipe? ¿Ordenó Felipe II la muerte de Escobedo, secretario de su hermanastro don Juan de Austria, o bien sencillamente cerró los ojos ante el crimen cuyo inspirador fue sin lugar a dudas el secretario de Estado Antonio Pérez? ¿Estaba realmente celoso Felipe II de los éxitos militares de don Juan de Austria o, más tarde, de los de Alejandro Farnesio? Preguntas difíciles a las que no se ha dado ninguna respuesta enteramente satisfactoria.

No se puede dudar de su aplicación en el trabajo. Es indiscutible el sentido de sus responsabilidades. Ciertamente, posee aptitudes para hacerse obedecer y servir. Pero también tiene una dificultad para tomar decisiones molestas y perjudiciales, una preocupación exagerada por el detalle y, paralelamente, una sensible carencia de amplitud de miras, una comprensión insuficiente de su tiempo, una concepción excesivamente rígida de su religión y de la relación de los hombres con Dios y un rigor casi inhumano que podría tomarse por insensibilidad si no existiesen pruebas de lo contrario. Para resumir, un rey digno de este nombre, sin duda un poco inferior a su tarea, pero se ha de reconocer que ésta era inmensa, casi imposible, y Sancho de Moncada llegó demasiado tarde para Felipe II, que soñaba con crear en el palacio una universidad

donde se enseñase a los príncipes herederos la política y la economía...

Felipe III se convierte en rey a los veinte años... Su padre le había juzgado, lúcidamente y sin complacencia. Se le atribuye ese comentario: «Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de gobernarlos». Sin embargo, el príncipe había tenido buenos maestros: don García de Loaysa, futuro arzobispo de Toledo; el austero portugués Cristóbal de Moura. Había estudiado latín, historia, el arte náutico, la estrategia y conocía el francés y el italiano. Buena persona, quizás, aunque abúlico, lo bastante desprovisto del sentido de sus responsabilidades como para confiar los cuidados del gobierno y del estado al duque de Lerma que hizo de su familia y de sus aliados una banda y de los reinos de la monarquía una presa. Mera apariencia de rey, al que el traje de cazador de Velázquez resume perfectamente porque la única pasión de Felipe III fue la caza, a la que se entregaba con delectación en las proximidades de Madrid: el Pardo, Aranjuez, el Escorial, y, aún más lejos, en los parajes de Valladolid, en Rebollar de Tordesillas, o en los carvajales cercanos a Zamora. En 1603, en La Ventosilla, cerca de Burgos, permaneció durante quince días, levantándose a las cuatro de la madrugada para regresar a las once de la noche. Apasionado jugador de cartas, aunque perdiera fuertes sumas en beneficio de Lerma o de ricos compañeros de juego genoveses, aficionado a los toros como podemos deducir de las Relaciones de Cabrera y, para concluir, muy devoto. Pero con una devoción convencional, aunque sincera, incapaz de inspirarle una preocupación más intensa que sus súbditos.

De Felipe IV se puede decir que fue más inteligente que su padre, sin lugar a dudas. Dotado de buen gusto e incluso de perspicacia en pintura, en escultura y quizás hasta en literatura. Bajo su reinado Madrid acumula los tesoros: el rey ordena comprar telas de Rafael, del Tiziano, de Carroggio, de Tintoretto...

El conde de Monterrey trae de Nápoles, donde ha estado como virrey, una magnífica carga de piezas de plata, tapices, esculturas de marfil y de piedras preciosas. El marqués de Leganés, sobrino de Olivares, consigue en Flandes una colección de objetos de arte igualmente prestigiosa; también de Flandes, donde lleva a cabo

una guerra de reconquista, el «cardenal infante» envía cajones enteros con un rico botín en el que abundan los objetos de arte. En otros tiempos, en otras circunstancias, Felipe hubiera dirigido con talento una galería de arte.

Pero se trataba de ser rey. Del mismo modo que su padre, carecía de la vocación de la realeza. Muy diestro caballero, le gustaba la caza al igual que a su padre y también en esta ocasión Velázquez nos ofrece su testimonio. Sobre todo, perseguía a las mujeres con un ardor insaciable. Así como su padre había abandonado en el duque de Lerma el gobierno de sus reinos, él se descargó de esta tarea en el conde duque de Olivares, al que algunos autores acusan de haberle proporcionado generosamente sus amantes. En los años cuarenta del siglo XVII, cuando se hizo patente el fracaso del conde duque, lo reemplazó por Luis de Haro, de la misma manera que su padre había sustituido a Lerma por Uceda. Con frecuencia lúcido —así lo demuestra la asombrosa confesión epistolar que periódicamente dirigía a una religiosa lejana, sor María de Agreda— no tenía la energía suficiente para asumir sus responsabilidades y su función; se aturdía con bailes de máscaras, comedias, corridas de toros, carnavales de travestidos, grandes partidas de caza y aventuras de alcoba. Creyente e inquieto, como lo demuestra el asunto de las religiosas de San Plácido que pone de manifiesto a la vez su credulidad y su «voyeurismo», podía ser patético.[1] Desesperado después de la muerte de Baltasar Carlos en la que se sentía inclinado a ver un castigo del cielo, escribe a sor María de Agreda: «He perdido a mi único hijo, este hijo cuyo precio vos conocíais»

1. Este asunto escandalizó la crónica madrileña de 1628 a 1633. La abadesa y las religiosas del convento, a pesar de sus mortificaciones, se creían poseídas por el demonio. Su confesor, un benedictino, aprovechó esta situación para consumar unos placeres muy terrestres. Felipe IV asistió, de incógnito y disfrazado, a contemplar algunas escenas de posesión y de exorcismo.